

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

LA FERIA DE LAS CRUCES.

Todo el mundo sabe la influencia que el bendito S. José ejerce en el reino de los cielos. De ello pueden dar fé todos los pecadores que vuelven sus ojos allá en busca de lo que necesitan si lo que necesitan lo piden con las cuatro condiciones que se exigen en aquel ministerio de Gracia y Justicia para cursar las solicitudes. (1.)

Pues como digo, todos saben la influencia que allá arriba ejerce el Santo, y esto ha hecho que en muchas ocasiones y especialmente en el mes de Marzo de cada año el pobre patriarca no haya tenido nunca hartas manos para recoger memoriales y recomendar expedientes.

En uno de estos meses á que nos referimos, (día diez y nueve precisamente) serían poco más de las diez de la mañana y el carpintero de Nazarét estaba ya tan asediado de pretensiones, lloros, súplicas y lamentos, que volviéndose á su purísima esposa que en aquel momento se ocupaba en esmaltar de virtudes la corona de una vírgen, la habló de esta manera:

—Sabes, esposa mía, que el ser pariente tan cercano del Rey de Cielos y tierra, no deja de tener sus quebraderos de cabeza?

—¿Por qué dices eso, dueño mío? exclamó la Vírgen.

—Hija, porque es demasiado ya lo que se pide y poca la reflexión con que se hace. ¿Te parece si tendré yo cara para solicitar de mi buen hijo todo lo que hoy pretenden nuestros devotos de la tierra? Y el santo mostró á la Vírgen una montaña de demandas, llegadas por el correo de las primeras oraciones que es el que llega más temprano.

—¡Pobrecillos! exclamó la Vírgen al ver allí acumulados los dolores de tantas almas; tengamos compasión de ellas, ¡sufren mucho!

Y la tiernísima madre, acordándose sin duda de los dolores que sufrió en la tierra, dejó rodar por sus ojos bellos como la aurora, una lágrima más pura que el rocío.

—No; si yo conozco que los pecadores pasan muy malos ratos; dijo S. José volviendo la cabeza para disimular otra lágrima que quería salir á buscar la de su mujer. Si yo lo conozco, pero hija, piden imposibles.

—¡Imposibles! dijo la Vírgen; ¿acaso hay imposibles para el amor? ¡Pobres hijos míos! tengámosles compasión. Y la Reina del cielo con sus dedos de nacar empezó á desdoblar las solicitudes, muchas de las cuales, estaban aun mojadas por el llanto de quien las enviaba. Cuando hubo leído unas cuantas, levantó la cabeza y mirando á su esposo con una sonrisa capaz de disipar todas las de la tierra.

—Vaya, exclamó, ¿no es más que esto? pues esto no es nada, ¿qué tiene de particular que los pobrecitos crean que todas las cruces son ligeras en comparación de las suyas? Hay que sacarles de su error, pero suave y amorosamente. Ellos mismos lo reconocerán y serán más felices en adelante conformándose con la voluntad de nuestro Santísimo Hijo. Démosles gusto por esta vez.

—Pero Señora, ¿Habeis meditado lo que significa una concesión semejante? ¿Permitir á los mortales que dejen la cruz que llevan y la cambien por la que más les acomode? Va á ser una confusión extraordinaria.

—¿Qué importa, si con ello aliviarnos al que padece y aumentamos sus virtudes enseñándole la importantísima y santificadora ley de la conformidad? Vamos ahora mismo á ver á nuestro buen Jesús.

Y el santo matrimonio se dirigió hacia el trono del Eterno acompañado de una corte de espíritus angélicos.

A los tres minutos la comitiva estaba de vuelta con la concesión en el bolsillo.

—¡María! venía diciendo S. José, es preciso que llevemos cuidado al dar la noticia, porque se vá á mover mucho ruido.

—No tengas cuidado; se la encargaremos á los ángeles de la guarda, decía la Vírgen, y verás como se hace con paz. Entre tanto tú veas á Pedro para que prepare todo lo necesario.

En efecto, mientras S. José fué á hablar con S. Pedro, los ángeles recibieron de la Vírgen la orden de notificar á los mortales que sus deseos estaban satisfechos y se dirigieron á la tierra como una bandada de palomas á desempeñar su cometido.

La alegría que aquel día tuvieron todos los devotísimos ilusos que sueñan con enmendar la plana á la Providencia en materia de distribuir cruces y trabajos, no tuvo límites.

—Mirad que os engañais, decían los ángeles, mirad que es una ilusión creer que las cruces ajenas son más llevaderas que las propias. ¿No comprendéis que son medicinas y las medicinas no conviene nunca cambiarlas?

—Vaya. Contestaban saltando de gozo. Ya procuraremos nosotros andar listos en la elección—¡Digo! yo que no he tenido un real en mi vida! saltaba un pobre, ¿no voy á encontrar cosa mejor que mi pobreza?

—Pues ¿Y yo que llevo veinte años de gota y reumatismo? contestaba un rico. Cambio con el primero que encuentre.

—Vaya, ustedes al fin tienen paz; saltaba un hombre sanote á quien no le dolía más que una suegra que le había dado Dios con muy mal genio: quien no tiene suegra no sabe lo que es cruz.

—Se equivoca V., caballero, donde hay cruz y de caravaca es en tener un yerno perdido y..... Dijo una señora lívida de coraje.

—Calma, señores, exclamó San Pedro que desde un agujerito observaba lo que ocurría. Todos quedarán ustedes contentos, vayan ustedes subiendo que ya está todo preparado.

En efecto, allá en la cima del universo y casi á las mismas puertas del Paraíso, el santo pescador, en virtud de las órdenes recibidas, había preparado todo lo necesario para una verdadera exposición universal. Y no podía dudarse de que aquella iba á serlo de veras, porque desde el momento en que había corrido la voz de que los mortales podían cambiar sus penas por otras, la falta de conformidad en la voluntad de Dios que es el veneno de la dicha humana, había producido todo su efecto, y el mundo entero convertido con una cuadrilla de gitanes, caminaba en dirección á los Cielos con la esperanza de hacer un buen negocio.

Allí era de ver á los ricos cargados con sus sinsabores; á los pobres con sus estrecheces; á los sabios con sus enfermedades; á los tontos con sus afanes.

Allí era de ver como todos ellos, después de pasar por delante de San Pedro, que les miraba sonriendo como persona que está en el secreto, iban hechando sus cruces en un gran montón para tener luego derecho de entrar en la subasta.

(1) Piedad, Confianza, Humildad y Perseverancia.

Algunas horas despues, los depósitos estaban hechos y la subasta daba principio.

Un silencio sepulcral reinó por todas partes.

San Pedro subido sobre un estrado levantó la mano derecha y anunció la primera cruz.

Diez millones de reales, dijo dando una gran voz. Diez millones con...

No le dejaron concluir:

—¡Vengan, vengan, vengan, vengan! gritaron por todas partes.

Pero señores que aun no he nombrado la cruz: que hasta ahora, no he hecho mas que enseñar la pena.

—Diez millones de reales con..... una tisis pulmonar.

—Los postores se quedaron como de piedra.

—Vamos señores, dijo el Santo sonriéndose, ¿no hay nadie que quiera los diez millones? ¿Tantos envidiosos como ha tenido antes el propietario de ésta cruz y ahora no hay nadie que cambie con él?

—La gente siguió callando, y San Pedro tuvo que echar la cruz al monton para tomar otra.

A los pocos instantes volvió á levantar la mano y puso á los ojos del público una cosa que brillaba mucho.

—Una corona de emperador con un gran imperio y sesenta y seis millones de súbditos.

La gente volvió á removerse, y ya iban á abrirse todas las bocas, cuando dominando el movimiento, advirtió el Santo que aquel imperio era el de Rusia, y que el que cargase con él, no podría en adelante comer, ni beber, ni dormir, ni salir, ni entrar, ni viajar, ni moverse, ni aun siquiera abrir una carta ó encender un fósforo, sin prevenir antes un escuadron de cosacos para defenderse de los nihilistas.

—¡Pues vaya una coronal! Ni que fuese de espinas! Saltó un aprendiz de panadero que queria cambiar la de trapos que le servia para conducir las tablas, por otra que tuviese más gajes.

—De manera que no te conviene?

—No señor, porque de seguro pesa más que la mia con panes y todo.

—Pues al monton y vaya otra.

—Una presidencia del Consejo de ministros.

Aquí el escandalo fué muy grande, porque desde que nos hemos aficionado tanto á la *santa* libertad, ya no pensamos sinó en mandar en todo el mundo.

—Venga la cartera.

—No, que es para mí.

—La he pedido yo antes.

—Señores, por Dios, que aun no saben ustedes lo que es ser ministro.

—No es menester; venga, gritaron cien voces.

—No señor; á mí; á mí; á mí.

San Pedro, viéndose apurado y que nadie le escuchaba, echó mano del ministro que había soltado la cruz, le abrió el corazon y lo mostró por dentro.

—La gente dió un espanton al verio tan negro y la cartera se quedó sin postor.

—San Pedro volvió á buscar entre las baratijas, y sacó á relucir una gloria Europea.

El vulgo vió de cerca tambien, lo que era, ser una gloria Europea y dejó la gloria en el baratillo.

De esta manera fueron presentándose al público todas las más altas posiciones, los más brillantes empleos, las grandes riquezas, los grandes honores, todas las cosas que más se envidian en el mundo, y al ver las cruces que las acompañaban, las dejaban estar.

Al fin, S. Pedro, cansado de sacar en vano á subasta todas las ilusiones de la tierra.

—¿Ea, señores, dijo, para acabar de quitar dudas y terminar pronto, escójanse Vdes. mismos las cruces que más les gusten y á quien Dios se la dé, no faltará quién se la bendiga.

Cuando el público oyó esto, aun recobró la esperanza y se precipitó sobre los escaparates; pero á la media hora de trabajo inútil, en todas las caras se pintó el desaliento.

Los pobres que habían buscado oro, lo encontraban, pero unido á una carga más pesada que la de la pobreza.

Los que habían buscado salud, la habían hallado, pero unida á trabajos más duros que los de la enfermedad.

Los que deseaban independendencia, la tropezaban mezclada con grandes cuidados.

Los que tranquilidad y holganza, tenían que adquirirla á costa de pobreza y olvido.

Los que pedían hijos, los recibían junto con mil penas.

Los que querían soledad la veían sembrada de tedios: en una palabra, que á nadie, dada la necesidad de llevar cruz, le había sido posible encontrar una más apropósito que la que le puso Dios sobre los hombros.

Entonces, bajando las cabecitas los pobres mortales, empezaron á descender Paraiso abajo con las lágrimas en los ojos.

—¡Mira como lloran! decía la Virgen á su esposo, contemplándoles desde allá arriba con pena en el corazon. ¡Pobres hijos míos! ¡Cuanto les cuesta aprender el secreto de la vida! Consolémosles, ya que mientras peregrinan sobre la tierra no podemos hacer otra cosa. Y haciendo una señal con la mano, oyóse en seguida un coro de voces dulcísimas que cantó de esta manera.

Hijos de Eva que el mundo cruzais
De las penas sufriendo el rigor
Esas cruces que á vuestras llevais
En el hombro las puso el Amor.
Ellas son el remedio á los males
Que el pecado dejó en cada cual
Como no hay dos dolencias iguales
Nadie debe su cruz cambiar.

Aseguran las personas bien enteradas, que desde aquel día, los verdaderos devotos de S. José, ya no han pensado más en cambiar sus cruces, y solo han pedido como Jesús en el huerto:

Señor, si és posible, pase de mí este caliz, pero hágase tu voluntad y no la mia.

000

JESUCRISTO Y EL EVANGELIO.

—Pero bien (le decía yo á un amigo que tiene la inmensa desgracia de ser de los indiferentes en cosas de religion), ¡al fin alguna idea tendrás tú formada de Jesucristo y de su ley!

—¿Qué sé yo!

—¿Qué sé yo? ¡Lo de siempre, válgane Dios! ¡Extraña respuesta para tan sencilla pregunta! ¿Sabes de Julio César, sabes de Mahoma, sabes de Napoleon, ¿y no sabrás algo de un personaje que allá en remotos siglos se llamó Jesus, y de un libro que contiene la historia suya y se llama el Evangelio?

—¡Hombre! tan poco como eso claro está que no lo puedo ignorar.

—Pues ahí verás, amigo mio, que tan poco como eso me basta para dejar vencido, sino convencido, á un incrédulo como tú.

—¡Hola! ¡hola! ¿esas tenemos? Aguardo á pié firme la granizada de argumentos con que me va á dejar hecho trizas vuestra merced católica, apostólica romana.

—Bromas aparte, y tratemos en serio y formalmente la cuestion. ¿Me concedes que ha existido un personaje allá en antiguos tiempos, que se llamó Jesus ó Jesucristo?

—Concedo y además que el tal Jesucristo nació, vivió y murió en cruz en los tiempos de Tiberio emperador, y predicó durante ellos una doctrina contenida, así como su historia, en cuatro libros que se llaman aun hoy los cuatro Evangelios, y dejó establecida una ley ó religion que existe aun hoy en el mundo y se llama de su nombre cristianismo. Todo esto reconozco como hechos históricos, que desconocerlos ó negarlos fuera supina ignorancia ó ridícula sensatez. Pero de reconocer la existencia histórica de Cristo y de su ley, como reconozco la existencia histórica de César y de sus hazañas, á con-

sesar su divinidad, hay, amigo mío, regular distancia. Y á la verdad, al hijo de mi madre, que no es fanático ni comulga con ruedas de molino, le ha de costar mucho, muchísimo, salvarla.

—Pues á mí se me antoja que al hijo de tu madre le ha de costar poquí-imo salvar estas distancias, por lo mismo que no son largas, sino muy cortas, y aun esas lo son tanto, que ni llegan á encontrarse, como se proceda con sinceridad y buena fé.

Vamos al caso. Este personaje, llamado Jesus ó Cristo ó Jesucristo, vivió hace dos mil años poco más ó menos, y desde entonces dejó fundada en el mundo una religion que se llama Cristianismo y que existe todavía en el día de hoy. Escucha ahora bien, y contesta sencillamente á cada una de mis preguntas. ¿Como fundó esta religion?

¿Con las armas?

—No por cierto, porque en vez de matar Él á los otros, fueron los otros quienes mataron á Él.

¿Con las letras?

—No se sabe donde las hubiese podido aprender, antes hizo gala siempre de acompañarse solo de ignorantes.

¿Con el dinero?

—Nació en un aduar al pié del camino, vivió de limosna y murió desnudo en un palo, y le sepultaron por caridad.

—¿Como se las compuso, pues, este personaje original para dejar establecida en el mundo una escuela que le reconociese y adorase por Dios, y profesase y practicara su doctrina? Porque, que tal escuela ó religion existe, es un hecho que no se puede negar: que no fué fundada con la fuerza, con el saber ó con el dinero, que son los tres elementos más poderosos de que se vale por lo regular el hombre, tambien es cosa fuera de discusión. ¿De qué se valió, pues? ¿Cual fué el secreto de sus conquistas? ¿De qué artificio usó para reunir discípulos y hacerles creer lo que quiso, y hacerles perseverar en esta creencia, y hasta hacerles morir con gusto por ella, y hacerla durar la friolera de mil ochocientos setenta años despues de su muerte? Desafió al incrédulo más pintado á que me dé de esto una explicación, no ya exacta y decisiva, siquiera verosímil y aproximada. Tú no la puedes dar, ¿no es verdad? Nosotros los católicos sí.

Los católicos la tenemos clara y terminante, y decimos: Jesucristo es Dios porque nadie sino Dios pudo hacer lo que hizo Él, y del modo como lo hizo. Fundó una religion sin armas, sin letras, sin dinero. La fundó, al revés, siendo oprimido por las letras, siendo combatido por las letras, el más pobre de todos los pobres. Parece que previendo que habían de venir un día hombres que le buscasen á su obra origen humano, quiso empezar por descartarse de todos los medios humanos, á fin de que se viese más clara y limpia su fuerza divina. Sólo un lujo se permitió: el de hacer muchas obras portentosas, resucitando muertos, curando enfermedades, serenando la tempestad, multiplicando los alimentos, y al fin verificando en sí mismo el más glorioso de todos los milagros, de su propia resurrección. En eso no anduvo parco: eso no lo escatimó. Y es natural; alguna prueba había de dar á aquellos á quienes decía: Creedme, seguidme. Y se las daba abundantes por medio de sus prodigios. Los que en los siglos posteriores hemos vivido no los necesitamos ya para creer en Él, como que tenemos á la vista el hecho maravilloso de su propia obra y de su conservación; pero los primeros discípulos, para quienes no existía este dato poderoso, recibieron en cambio los indicados, que pasaban cada día delante de sus ojos. Sí, señor; de este modo explicamos los católicos el establecimiento de la religion cristiana sin armas, sin letras, sin dinero, antes teniendo en contra todas las armas, todas las letras y todo el dinero que se conocía en el siglo. Y si nó se explica así el fenómeno, es inexplicable. Y si nó á ver cómo discurre tú otra explicación.

Sube de punto la fuerza de esta observación considerando bien lo que es la doctrina de Jesucristo y el efecto extraño que había de producir en los que por vez primera la oyésen. Al mundo aquel tan brutal, tan orgulloso, tan encenagado en toda suerte de vicios, había sin duda de parecerle toda ella una paradoja, una broma pesada. Escucha. Los fundadores de sectas han acostumbrado por lo regular tomar por puntos de partida de su propaganda alguna inclinación que han visto en el pueblo que trataron de convertir á su ley. Mahoma, habiéndose las con el pueblo árabe, lúbrico y belicoso, estableció su Corán sobre esos dos puntos fundamentales: la guerra y la voluptuosidad. Cuando Lutero quiso entronizar el Protestantismo

en las Cortes corrompidas de Alemania, empezó á predicar el despojo de los monasterios y el libertinaje. con lo cual no le faltaron al punto secuaces. Hoy mismo, cuando hemos visto á ciertos agitadores dirigirse á las masas para crearse en ellas un partido dócil á sus miras, siempre los hemos oído en sus peroratas halagar el instinto popular, excusarles á los pobres sus defectos, enaltecer sus virtudes, prometer satisfacción á sus necesidades, pintarles rosado porvenir.

Jesucristo tomó camino del todo opuesto. A la prudencia humana debió parecerle que lo que en realidad deseaba era no reunir jamás media docena de discípulos. En efecto, hubiérase dicho que no hablaba sino para alejarlos de su escuela, segun se la pintaba á todos tan ajena á sus gustos y comodidades. A los príncipes nunca hablaba de su poder sino del respeto que deben á los súbditos. A los súbditos nunca hablaba de sus derechos, sino del deber que tienen de obedecer á sus gobiernos. Los ricos nunca oyeron una palabra de condescendencia ni de tolerancia para con su orgullo; siempre les dió en rostro con el elogio de la pobreza. Los pobres nunca oyeron que los atizase contra los ricos, sino que por el contrario les encarecía á todas horas la sumisión y la resignación á su suerte. El mundo miraba como cosa de poco más ó menos la deshonestidad; Jesucristo fué intransigente hasta con los deseos más ocultos en el fondo del corazón. Vengarse del enemigo parecía á aquellos hombres cosa corriente; Jesucristo puso precepto formal de amarlos como hermanos. Humildad, mortificación, pobreza, desprecio del mundo, desasimiento alguna vez hasta de los lazos más tiernos de familia; ¿no te parece que todas estas palabras habían de sonar muy ásperas y duras á aquella generación que nunca las había oído, cuando lo son aun para nosotros que nos hemos, por decirlo así, amamantado con ellas? ¿No te parece que segun toda regla de prudencia debiera haber procurado Jesucristo suavizarlas un poco, darles así como encubiertas, á fin de que se acostumbraesen á ellas todos los corazones, y se mostrasen así menos reacios en abrazarlas? Pues, no señor; no lo hizo así, sino que las echó al mundo de su tiempo crudas, mondas y lirondas, como se dice: sin pensar poco ni mucho en si lastimaría los oídos delicados, ó en si las rechazarían al primer envite sus oyentes. En suma y para acabar, Jesucristo, para que no se creyese que su obra era humana, no quiso establecerla por medio alguno humano, que yo sepa. Si alguno sabes, muéstralo al punto, y me doy por vencido. Al revés. Empleó todos los medios humanos, ó que humanamente podrían juzgarse tales, para que su religion no llegase á establecerse. Si sabes alguno que dejase de emplear en contra suya, muéstralo tambien. Más claro. A excepción de sus milagros y del aroma celestial de su palabra, ¿qué medios hubiera podido emplear mejores de los que empleó, si en vez de querer facilitar el establecimiento de su religion se hubiese propuesto hacerlo imposible?

Y no obstante por estos medios absurdos, ridiculos y contraproducentes salióse con la suya el Hijo del carpintero de Nazareth, como le creían y llamaban sus compatriotas, y reunió discípulos, y conquistó corazones, y murió dejando plantada una ley que en breves años fué árbol que cobijó á todo el mundo. La incredulidad positivista, que siempre anda pidiendo hechos, ahí tiene estos que son hechos y nada más. No háy aquí asomo de sistema ni de teoría. Hechos palpables. Un pobre, un rudo, un público ajusticiado que predica cosas que repúgnan á todo el mundo, que ponen en ira contra Él á todos los gobiernos, que por fin y remate le proporcionan la muerte del criminal. Y no obstante, á la vuelta de pocos años este facineroso, que se pone en oposición con todo el mundo, es dueño de todo el mundo, y todo el mundo obedece su ley, acata su nombre y lo llama Dios. como Él quiso ser llamado. Y á la distancia de diez y nueve siglos encuentra aun quien cree en Él, quien vive por Él, quien hasta por Él muere. Y diez y nueve siglos despues tiene aun enemigos á quienes causa pavor, ira y no sé cuántas cosas más, que esta es cierta señal de que puede mucho aun aquel pobre, aquel rudo, aquel ridículo Predicador de cosas extrañas, á quien ajusticiaron mil ochocientos años atrás en Jerusalem. Dime, amigo, ¿no son hechos esos, claros, luminosos, positivos? ¿A ver, pues, cómo tú ni otro alguno les dais explicación, si no es confesando sencilla é ingenuamente con nosotros: *Jesucristo es Dios?*

Sí, amigo mío, Jesucristo es Dios, segunda Persona de la Santísima Trinidad. Bajó al mundo tomando carne humana, en las entrañas de la purísima Virgen Maria, hombre como nosotros por razon de este misterio que se llama la *Encarnación*, sin dejar por esto de

ser Dios como el Padre y el Espíritu Santo. Hay, pues, en Jesucristo dos naturalezas, una divina y otra humana. Con ésta se hizo apto para el sufrimiento y para la muerte en expiación de los pecados del hombre; con aquella dió á estos sufrimientos y muerte el valor de merecimientos divinos, únicos que podían satisfacer á la Divina Justicia agraviada. Nació, pues, en Belén ese Hombre-Dios ó Dios-Hombre, y predicó su ley, y la selló con indecibles maravillas y finalmente con su Sangre preciosa, y tres días despues de su muerte con su Resurrección. Y subió á los cielos cuarenta días despues, y volverá de allí al fin de los siglos para juzgar á los hombres. Y por esto le fué fácil hacer lo que á todo otro hubiera sido imposible, y hacerlo con medios que en otro cualquiera hubieran sido obstáculos, y hacerlo con un éxito que ninguna obra humana ha logrado jamás alcanzar. Esta es la fe, esta es la verdad. Este es nuestro *Credo*. ¿No te parece que eso mismo dicta el buen sentido?

F. S. y S.

(Biblioteca ligera.)

VARIEDADES.

Obras son amores.

Dice *El Imparcial*.

«Los periódicos de Bilbao hacen grandes elogios del virtuoso cura de Baracaldo, fallecido á consecuencia de la enfermedad reinante. Parece que aquel digno sacerdote, que ya se encontraba bastante enfermo y postrado en el lecho, recibió recado pidiendo los últimos auxilios espirituales para otro paciente, y que apesar de los consejos de varias personas á él llegadas, se levantó con objeto de cumplir su sagrado deber. Hizolo así, aunque á cambio del sacrificio de su vida, porque al regresar se agravó de tal modo su dolencia, que fueron inútiles los recursos de la ciencia para salvarle.»

¿A que estas cosas no las cuenta *El Motín*?

También leemos en el mismo número de *El Imparcial*.

«La Asociación de Católicos de Valencia va á constituir un patronato para la protección y moralización de los presos existentes en las cárceles de aquella ciudad. Al efecto les dará lección de doctrina los viernes; los sábados se rezará el rosario, y los domingos se celebrará misa con la mayor solemnidad.

La misión del patronato se extenderá además á recaudar donativos para los citados presos, á fin de procurarles prendas de abrigo y también trabajo cuando sean puestos en libertad, con objeto de apartarles del vicio.»

Así es como se prueba el amor al pueblo; lo demás es música y nada más que música.

MÁXIMAS Y CONSEJOS

sacados de la Sagrada Escritura.

Honra al Señor con tu hacienda, y ofrecele las primicias de todos tus frutos.

Con eso tus trojes se colmarán de granos y rebozará el vino en tus lagares.

No rehuses, hijo mio, la corrección del Señor: ni desmayes cuando él te castigue.

Poque el Señor castiga á los que ama, y en ellos cuales tiene puesto su afecto, como le tiene un padre en sus hijos.

Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría, y es rico en prudencia:

Cuya adquisición vale más que la plata; y sus frutos son más preciosos que el oro acendrado.

Es mas apreciable que todas las riquezas; y no pueden parangonarse con ella las cosas de mayor estima.

En su mano derecha trae la larga vida, y las riquezas y la gloria en su izquierda.

Sus caminos son caminos deliciosos, y llenas de paz todas sus sendas.

Es el árbol de la vida para los que echaren mano de ella: y bienaventurado el que la tiene asida.

Por la sabiduría fundó el Señor la tierra, y por medio de ella, estableció los cielos.

Por su sabiduría brotan copiosas aguas los manantiales y las nubes destilan el rocío,

Hijo mio nunca pierdas de vista estas cosas: observa la Ley y mis consejos;

Que ellos serán la vida de tu alma, y como un precioso collar para tu adorno.

Entonces seguiras lleno de confianza tu camino, y no tropezará tu pié.

Te acostarás sin zozobra: te echarás á dormir, y tu sueño será tranquilo.

CANTARES.

—¡ol!

¡Cuan inmenso es el espacio!
Si es mayor que el mundo el sol
¿Cómo seremos nosotros
Ante los ojos de Dios?

Es un fuego la vergüenza
Que enciende Dios en el alma
Le conservan las virtudes
Y los pecados le apagan.

Flores son las oraciones
De condiciones muy raras
Cuanto más y más se huelen
Más y más olor exhalan.

Funda el hombre sus glorias
En esta vida
Todas sus ilusiones
En ellas cifra
¡Polvo es su vase
Y el viento de la muerte
Todo lo barre!

Mira, mira aquel arroyo
Que se pierde entre los árboles
Segun dicen mis abuelos
Hubo allí un cerro muy grande

¡Qué cosa tan triste el mundo!
¡Qué cosa tan grande el alma!
¿Qué seria de nosotros
Sin la fé y sin la esperanza?

MÁXIMAS

para resignarse en los trabajos de esta vida.

Morir en Cruz el Justo, no es afrenta;
Es afrenta, sin Cruz, vivir el Justo;
No hay Cruz que cuando llega no se sienta
Ni Cruz, que ya pasada, no dé gusto;
Cualquiera Cruz al Justo bien le asienta;
Porque la Cruz al Justo viene al gusto;
Que son la Cruz y el Justo dos hermanos,
Que siempre van asidos de las manos.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho a recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fabricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

	PENINSULA.	AMERICA.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2 »	2 50
Un cuarto id.	1 »	1 25
Un octavo id.	50 cents.	

Por medio de correspondencia 25 cents. de peseta mas por accion.
Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo y en todas las librerías católicas de la Peninsula y Ultramar.